



## Vida Local

# AVILES: INDUSTRIA Y URBANIZACION

Enrique Grilló

Antes de hablar con nadie me decido a dar un paseo. He llegado por la mañana, con un magnetofón, varios días por delante y algunas ideas preconcebidas que espero poner a prueba. La más importante de estas ideas —dado el objeto de mi visita a esta ciudad industrial giraba precisamente en torno a estas dos palabras: «industria» y «ciudad». Recuerdos y retazos de imágenes. La cuenca del Mosela, con sus ciudades —Nancy, Metz, que lo son en un grado casi exquisito— y sus acerías gigantescas, y sus españoles trabajando —ahorrando— por allá, y sus poblados obreros tan exquisitamente anti-urbanos que parecen concebidos exactamente para que nuestros trabajadores se salgan con la suya y sus giros sean más y más cuantiosos. Imágenes del No-do. Inauguración. Fundamental para nuestro proceso de industrialización; Empresa nacional. Sueños ante el mapa de España; conurbación en Y: Oviedo, Avilés, Gijón. Por otra parte, una pregunta: ¿Son compatibles la industria pesada y la ciudad? Muchos años de racionalismo higienista nos contemplan y el «no» parece imponerse. Razón e higiene. No es razonable implantar la industria pesada cerca de los núcleos urbanos porque produce hu-

mos, ruidos, molestias, trastornos síquicos...

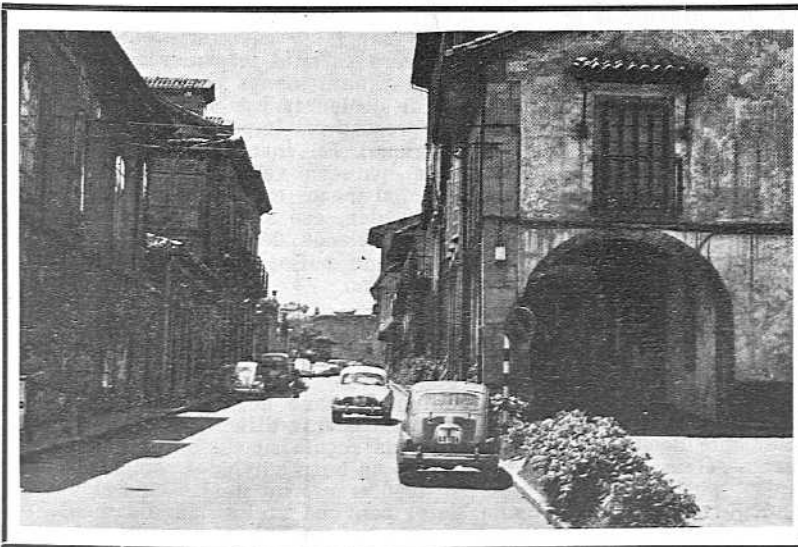
Afortunadamente, hoy sopla el viento galego, compañero. Porque cuando sopla el Nordeste... Hay que pronunciar estas palabras cerrando más o menos las oes. El Nordeste, aquí en Avilés, trae el buen tiempo... y el humo (mejor dicho, los humos) de la gran siderurgia. Por este lado, la incompatibilidad parece clara. Sin embargo, la posibilidad de filtrar los humos —posibilidad técnica hecha ya realidad en cuanto a los más peligrosos y molestos, los de la central térmica— deja cierto resquicio a la transigencia.

### El Avilés de "antes"

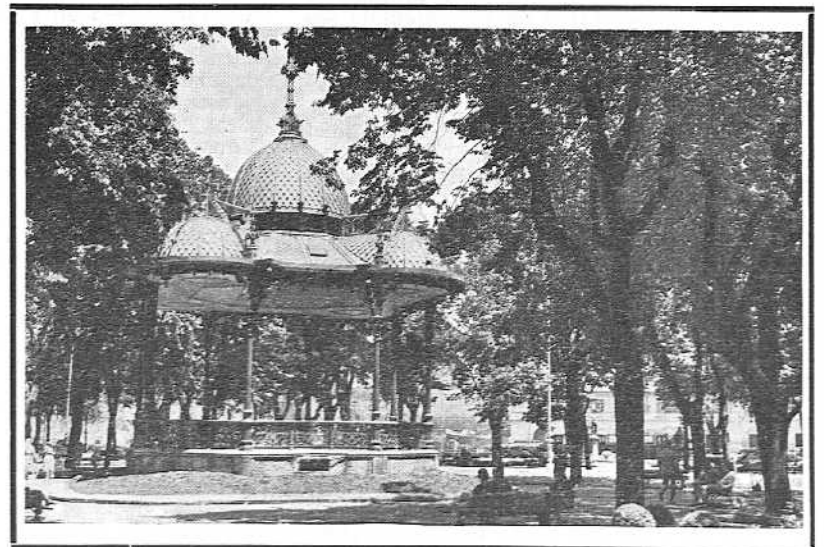
El paseo sin cicerone, a la deriva, nos pone en contacto con una ciudad pequeña, de claros límites, señorial, amable y, en una palabra, pre-industrial. Pero no pre-industrial porque existiese ya antes —mucho antes— de que alguien hablase de implantar en su territorio dominante ciertos establecimientos industriales, sino preindustrial en su aspecto externo y en su estructura actuales. ¿Qué quie-

re decir esto? Quiere decir que paseamos por territorio perfecta y secularmente dominado y acondicionado para servir de base a unos intereses territoriales y económicos y a las actividades de administración y gestión que les son inherentes. Son tres siglos largos —si nos atenemos a la fecha de construcción del actual Ayuntamiento— de actividad municipal organizada. Tres siglos largos tiene también el Palacio del Marqués de Ferrera, que hoy forma armonioso conjunto monumental con la iglesia de San Nicolás. Podemos pasear hoy —¡qué bien se deja pasear este Avilés!— por deliciosos soportales, junto a tiendas y almacenes cuya antigüedad parece verificarse en el clasicismo de sus portadas, más eclesiásticas que mercantiles; o por lo que queda del viejo barrio de pescadores, junto a la antigua iglesia de Sabugo.

Mientras atravesamos la vieja ciudad, ésta se va haciendo cada vez más legible. Los signos del poder, del sentimiento religioso, de las actividades mercantiles y marineras, nos dan la clave de esta villa de «señores y redes» (tengo que agradecerle la frase a Javier Mesones) que, por lo visto, resiste igual de bien las inundaciones —y algunas han si-



Calle Galiana: bella forma de resolver un problema por lo visto antiguo.



El Parque ¿Dónde está la ciudad industrial? ▶



**Un habitat obrero disperso, segregado, inconexo, falto de dotaciones.**

do, al parecer, peliagudas—, que la implantación en sus proximidades de una gigantesca planta siderúrgica.

## **El Avilés de “antes”, ¿de qué?**

Aun a riesgo de estar totalmente «out» y de que algunos amigos no vuelvan a dirigirme la palabra, tengo que decir que —en mi opinión— el viejo núcleo avilesino, incluidas algunas de sus más representativas personalidades y grupos, le «ha vuelto la espalda» a las consecuencias de esa evidentiísima realidad que es Ensidesa. Y que lo han hecho de una forma muy peculiar y significativa. Pido tantas disculpas porque la expresión «volver la espalda» no deja de ser una imagen un tanto ambigua. También podría volverse la oración por pasiva. Nos encontramos ante un conflicto de fuerzas que —quizá por no haber sido convenientemente planteado en su origen— complejiza la situación presente y dificulta la comprensión de este ejemplo sin par de las relaciones industria-ciudad en el contexto contemporáneo español. Sin embargo, nos parece imprescindible profundizar —dentro de lo posible— en las causas de ese conflicto y en sus efectos sobre la realidad urbana inmediata.

Hay una cuestión de fondo. El proceso de industrialización español de los años 50 presenta más bien los caracteres de una acción dirigida de crecimiento económico (urgente e indispensable) que los de una operación concertada de desarrollo económico y social. De acuerdo con esto, que no pretende ser verdad axiomática, sino planteamiento superficial de un problema que merece reflexión más aquilata, nos encontramos ante dos hechos:

Primero: La implantación de una factoría industrial de la categoría de Ensidesa, parece obedecer a imperativos puramente económicos. En este aspecto, el programa responde perfectamente a las prescripciones clásicas: proximidad de las fuentes de energía, magnífico puerto (que hoy es ya problema: ¿Falta de previsión respecto a las posibilidades técnicas de una industria naviera superdes-

arrollada?), facilidad de acceso de las materias primas, reserva inmensa de mano de obra (Asturias oriental, Galicia, León, Extremadura, incluyendo —a título de curiosidad— la antiquísima tradición calderera de algunas parroquias de la comarca).

Segundo: Ausencia de un planeamiento adecuado de las consecuencias sociales y urbanísticas de la implantación. Merecería un detenido estudio sociológico la facilidad con que las Empresas Nacionales —así como ciertos organismos autónomos— se inclinan hacia la mentalidad y los modos de la Empresa privada. Así, por ejemplo, cuando Ensidesa (12.000 puestos de trabajo) aloja sucesivamente a sus obreros —poblado de Llaranes, 2.000 familias—, técnicos medios —«La Estrella»— y superiores —bloque de la calle González Abarca— no hace ni más ni menos que lo que antes han hecho las numerosas industrias de capital privado ubicadas en la zona. Pero no tratamos de criticar su acción (el poblado de Llaranes, por ejemplo, es francamente bueno), sino algunas inexplicables omisiones. En especial, la de una verdadera iniciativa o colaboración —a nivel municipal, provincial o estatal— en la puesta a punto de los instrumentos legislativos o ejecutivos precisos para la planificación a corto y largo plazo de las consecuencias económicas, sociales y urbanísticas de su propia implantación. Sin esta coordinación (en profundidad y no limitada a meras operaciones de «public relations») está claro que la «ubicación industrial» poco o nada tiene que ver con un proceso de industrialización (en el sentido, ya hoy corriente, en que se habla de «sociedad industrial») ni mucho menos de «urbanización».

## **El “núcleo” sobrevive**

Volviendo al lugar de los hechos, al viejo núcleo urbano, parece ser que los acontecimientos se precipitaron. Hay que decir que, para entonces, la ciudad había salido ya considerablemente de sus viejos muros, extendiéndose hacia el Este, siguiendo la dirección de Oviedo y Gijón, y hacia el Nordeste buscando el mar. En la primera dirección, a través de las hermosas y bien conservadas calles

de Rivero y Galiana. Esta última tiene, por cierto, un interés urbanístico excepcional, como muestra de solución simple, espontánea y bella al problema —por lo visto muy antiguo— de la separación (que no segregación) entre peatones y vehículos. Siguiendo por Rivero se llega a una importantísima intersección, donde se separan los caminos que conducen, respectivamente, hacia Gijón y Oviedo. Y a lo largo de esta última vía, surge el núcleo residencial llamado Villalegre, salpicado —hablamos de «antes»— de casonas residenciales. La salida hacia el mar, a lo largo de la ría —y de la avenida de Lugo— tomó un carácter más industrial y pesquero.

Las construcciones que permanecen y la propia estructura urbana, hasta ahora descrita, nos hacen pensar en una sociedad muy compartimentada y más bien introvertida de comerciantes, terratenientes y señores veraneantes, muy severa en sus relaciones (muy «burguesa»), incrustada en un marco urbano al que probablemente le falta la gracia de unos barrios (he dicho «barrios», no «pobladitos») auténticamente populares. A este respecto, creo que la historia de Avilés presta un rasgo esencial y característico: la actividad pesquera es aquí más mercantil que artesanal. Hay aquí menos pescadores de «barca» que de «balanza» y la Lonja ha llegado a adquirir verdadera importancia comarcal y hasta regional. En cuanto a la agricultura y ganadería, parecen verse marginadas paulatinamente, al menos en el propio término municipal. Quedan, eso sí, algunos muy hermosos hórreos, llenos de sabor, cada vez más aislados en un paisaje que se adivina cada vez más urbano.

## **“La reina en el Oeste”**

Se adivina urbano hoy porque «antes» debía resultar bastante difícil. En el marco descrito, la vida seguía su curso y alguien —no desde luego un buen adivino— comparaba Avilés (en 1950 transcrito de las colecciones de «La Voz») con una «reina lánguidamente recortada sobre su opulenta ría».

De repente, llegaron 20.000 hombres y comenzaron las obras de la gran siderurgia. Y

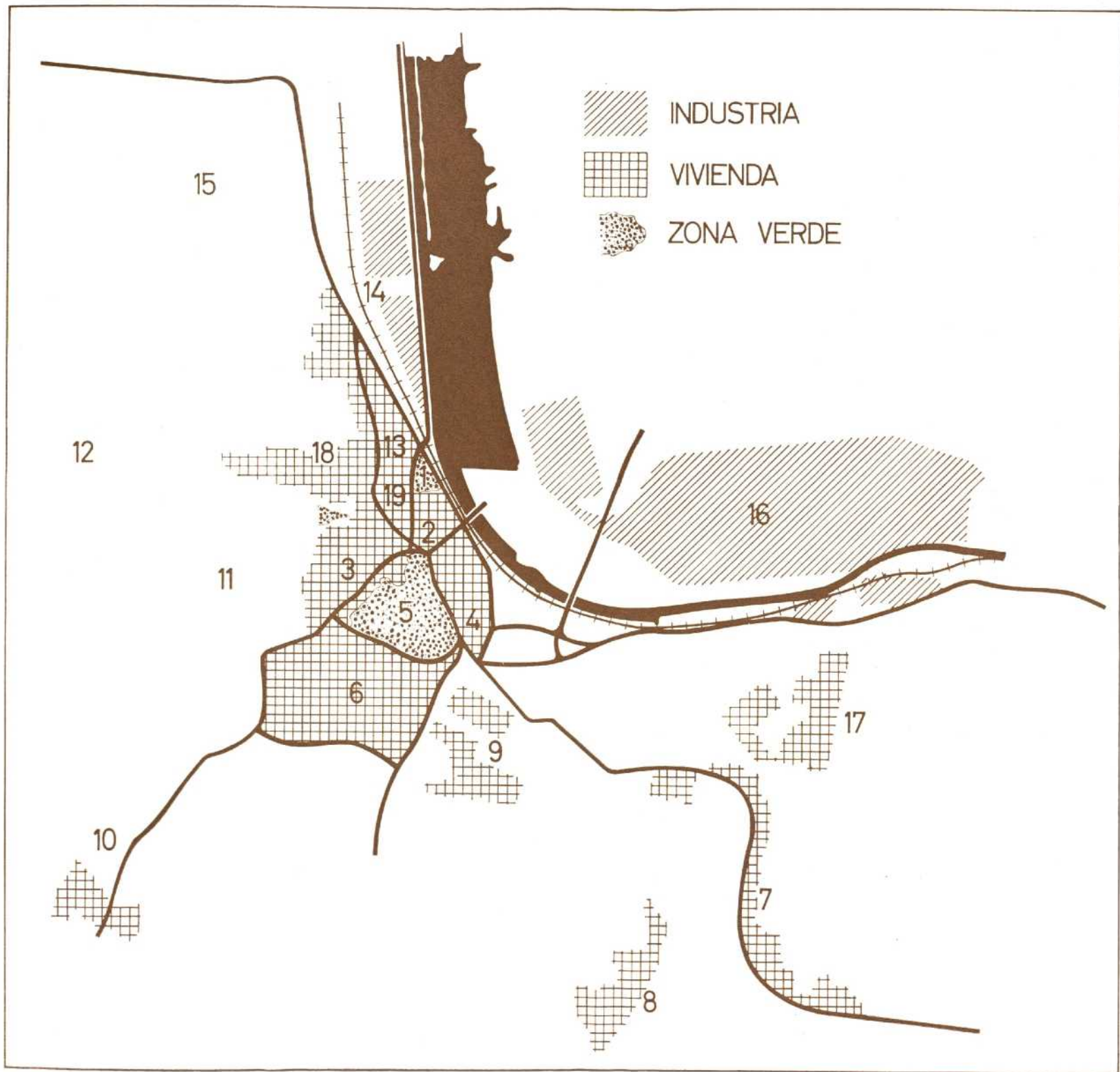


esto era sólo el aperitivo —«aquello fue el Oeste»—, porque cuando aquéllos se fueron, una vez terminadas las obras, vinieron otros hombres —«pueblos enteros de extremeños»— pero esta vez a establecerse, a compartir con los avilesinos de «antes» las aventuras —y desventuras— de la «industrialización».

Es curioso, pero muy poca gente se da cuenta de que cuando dice «aquello parecía el Oeste», emite un interesantísimo juicio de valor. El «western» es un género cinematográfico de los llamados «de identificación». Identificación individual —como posibilidad de estar con los «buenos» o con los «malos», aunque generalmente sean notorias las presiones visuales en favor de los primeros—, pero, so-

bre todo, identificación social programada en busca de una «historia conveniente» en la que, por ejemplo, los colonos europeos personifican indefectiblemente el orden, la justicia, la paz y la civilización. Lo que muy pocas veces se nos explica es lo que sucede una vez que esos colonos han fundado sus ciudades y dominado el territorio circundante; en prodigiosa pirueta, los antes heroicos y justicieros colonizadores se convierten en pasivos y circunspectos «voyeurs» que pasean bajo los soportales de madera como si siempre hubiesen estado allí, reuniéndose esporádicamente para «hacer justicia», es decir, para decidir en común sobre la «bondad» o «maldad» de las sucesivas «invasiones» de su territorio.

Salvando todas las distancias, y parabólicamente, creo que el grupo de avilesinos que respondió a nuestras preguntas con ese famoso «aquello fue el Oeste» nos manifestaba la actitud de un muy amplio sector de sus conciudadanos. Desde los soportales —como sus intemporales antecesores— vieron y juzgaron lo que en su ciudad acontecía. Se identificaban así con el «voyeur», con esas damas y caballeros vestidos a la europea que corren, gritan, afirman, niegan, compran, venden, comentan, presencian y, en definitiva, juzgan colectivamente y subrayan los pormenores de la acción central del drama. Sólo de vez en cuando se escapa de ésta algún puñetazo, alguna bala perdida... Es entonces, a raíz de



1-Jardines, Café "Colón"; 2-Ayuntamiento, Plaza Escuelas; 3-Galiana; 4-Rivero; 5-Parque Marqués de Ferrera; 6-Polígono "Magdalena"; 7-Villalegre y Carretera de Oviedo; 8-La Luz; 9-Poblado "Francisco Franco"; 10-Poblado "La Carriña"; 11-Colegio Agustinos y Nuevo Ensanche; 12-San Cristóbal y Reserva Urbana; 13-Iglesia Santo Tomás; 14-Avenida Lugo; 15-Playas y Canal de Salida; 16-ENSIDESA; 17-Llaranes; 18-Residencia Técnicas Superiores; 19-venida Generalísimo

ese incidente, de ese ramalazo trágico, cuando —precipitadamente— la comunidad urbana cristaliza, se apiña en torno a la banalidad decisiva y deja la invasión vista para sentencia...

Un hombre aparece muerto en la ría, con una pedrada en la cabeza. Revoloteo. Comentario: para robarle ¡80 pesetas! Los invasores son unos salvajes que se matan entre ellos por... nada (o por muy poco). ¿Qué harán cuando quieran más?... Así comienza a surgir una invisible y paradójica «nueva frontera». Cuando los razonables hablan del «precio de la industrialización», el simplismo de la terminología provoca un ineludible movimiento de retraimiento. Es lógico que nadie quiera pagarlo. Y que muy pocos se atrevan, cuando menos a afrontarlo.

## El precio y el beneficio

A través de un ejemplo concreto —Avilés— pretendemos ir definiendo algunos conceptos básicos para la mejor comprensión de los procesos «industrialización» y «urbanización», incluyendo en nuestro análisis la mayor parte posible de los paralelismos y contraposiciones que le son inherentes. Lo cual complica un poco las cosas, ya que ambos términos contienen en buena dosis ciertas implicaciones ilusorias y extrapolaciones en absoluto pasadas por el tamiz decisivo de la realidad social. Por eso creemos útil confrontarlos con ésta, o con lo que de ésta hemos llegado a percibir; teniendo en cuenta, de paso, que a nuestras percepciones quizá le sobre, en este caso, cierto predominio de las constataciones intuitivas sobre los datos objetivos propios de todo trabajo o comentario que se pretenda sociológico. En este aspecto, lo ideal sería que la iniciación del proceso coincidiese con la constitución de un grupo de investigación que se encargase de estudiar periódicamente la marcha de aquél en cuanto a sus implicaciones socio-urbanísticas (o socio-espaciales). A falta de tales «lujos» hemos optado por observar, contar y analizar un poco «a nuestro aire», un poco —como decíamos al principio— «dando un paseo». Un paseo por lo menos ilustrativo que ha ido centrandose y temperando nuestros prejuicios teóricos. Primero, el de una ciudad industrial higiénica y razonable, como la tantas veces preconizada a partir de las razonables e higiénicas ideas de Tony Garnier. Si algo parecido a esto hemos encontrado, tendría que ser el poblado de Los Llaranes, surgido de las laboratorios sociales de Ensidesa: bien concebido y planteado, dotado de buenas zonas verdes (que aquí son verdes por la sencilla razón de que todas —menos las pavimentadas— lo son), y más que pasable en cuanto a construcción, adolece —a nuestro juicio— de algunos graves defectos, como son la insuficiente dotación comercial y escolar, la congestión angustiosa de su principal área de acceso —que lo comunica al mismo tiempo con el núcleo urbano antiguo y con la Empresa— y, sobre todo, la inexorable y constante presencia de la fábrica en la actualidad sensitiva de sus habitantes. Sin hablar de la nula planificación sociológica que supone la idea misma de poblado obrero, sobre la que pensamos extendernos más tarde: La contraposición Empresa-poblado es en este caso relativa, puesto que Los Llaranes parece más bien responder a una transposición orgánica de la racionalidad (productivista) de la primera respecto al segundo, reflejo viviente de lo que H. Lefebvre afirma en su libro «El derecho a la ciudad». Y es, efectivamente, que «...la ciudad, como el taller, permite concentrar sobre un espacio muy reducido a la totalidad de los medios de producción: herramientas, materias primas, mano de obra...».

Más claro es el proceso conflictual que tiene lugar entre el núcleo antiguo —los hombres, sus actividades y sus instituciones— y los invasores industriales. Ya hemos esbozado más arriba las líneas generales del proceso y del



Barrio de la Luz: ninguno de los atributos de la ciudad.

conflicto. Concretaremos ahora las virtualidades de esas actitudes contrapuestas.

Estábamos en el precio de la industrialización. ¿Qué pasó en el núcleo antiguo? Hemos penetrado en la faceta «miedo». Aclaremos que el miedo al cambio, simbolizado en nuestra parábola de la identificación, no nos parece en ningún modo patrimonio exclusivo de la sociedad avilesina. Se trata de una actitud muy generalizada entre los grupos sociales relativamente inmóviles, introvertidos o simplemente reacios a embarcarse en aventuras. Todo cambio social exige unas condiciones previas de permeabilidad. Incluso nos atreveríamos a hablar de algo así como paso a la sociedad industrial sin industria. En este supuesto, lo de menos serían las implantaciones industriales y su tamaño. La clave estaría en la actitud de esa sociedad respecto a una serie de principios de Orden General y, entre éstos, los de absorción o rechazo de nuevas gentes (considerarlos como cuatreros a partir de unos hechos más bien anecdóticos parece, por lo menos, exagerado), nuevas concepciones jurídicas (¿propiedad privada y especulación en un área de auténtico «interés nacional»? y, desde luego, urbanísticas (¿especulación privada o verdadera iniciativa pública, valores urbanos de uso común o discriminación espacial al convertirse ese valor de uso en mero valor de cambio, barrios o «poblados»?)...

El precio de la industrialización, por muy alto que sea, vale la pena pagarlo. En cuanto a los beneficios —y en primer lugar la urbanización— lo importante es saber hacer a tiempo el balance para pasar después, institucionalmente, a realizarlos y a distribuirlos.

## Institucionalización del proceso

La actual estructura urbana de Avilés es un fiel reflejo de los conflictos sociales y deficiencias institucionales que han acompañado a su constitución. Procuraremos ofrecer algunas pruebas que apoyen esta aparente pero grullada socio-urbanística.

Oficialmente, la administración urbanística de los beneficios de la avalancha humana que trajo la industria, recayó en el Plan de Ordenación Urbana de 1956. Plan nacido con mala suerte, donde los haya, porque fue aprobado dos meses antes de la aparición de la Ley del Suelo, por lo que carece del rigor formal y de las posibilidades prácticas propias (aunque no características, por lo general) de los planes redactados según las prescripciones de nuestro más destacado instrumento legal en materia de Urbanismo.

En cuanto a rigor formal, sus principales inconvenientes se concretan en la escala

(1:2.000) y en la utilización un tanto deslavada y excesivamente ambigua de los criterios altura y tipo de edificación, prescindiendo casi totalmente de los de volumen y densidad. La consecuencia de tales ambigüedades es palpable en algunas zonas de la ciudad en las que se aumentó sensiblemente la altura de la edificación (donde el Plan decía 11 metros, encontramos 17,60 en la realidad) con el consiguiente incremento de la densidad y detrimento de los espacios libres entre bloques, de importancia vital (separación de 11 metros rebajada a los 7 u 8).

Las posibilidades prácticas de realización se han visto comprometidas, por una parte, porque el Plan no preveía la redacción de Planes Parciales y, por otra, porque, como nos dijo don Fernando Suárez (actual Alcalde), «el Ayuntamiento no tuvo dinero para enfrentarse con el Plan». Cuando «en aquella época cumplirlo hubiese sido relativamente fácil, primero porque los terrenos no se habían todavía revalorizado y, segundo, porque la urbanización admite contribuciones especiales y puede hacerse con poco dinero».

## Iniciativas y propiedad

Por nuestra parte, creemos que el proceso de industrialización-urbanización español está siendo condicionado, además, por una cuestión de fondo: se viene confundiendo sistemáticamente la «propiedad privada» concepción arcaica y disfuncional de la apropiación y dominio individual sobre bienes cuyo valor aumenta incesante y desproporcionadamente respecto a la acción que sobre ellos ejerce el mero titular (protegido así por un derecho absoluto que emana más del propio título que de las eventuales actuaciones del individuo sobre la cosa poseída), con la «iniciativa privada» que, por lo menos, presupone una acción individual conscientemente dirigida a «hacer algo» con aquello que se posee; el resultado nos lleva a una cuestión crucial para el desarrollo urbano y la ordenación del territorio. La absurda lucha, a veces abierta, a veces solapada, entre la iniciativa pública y la privada, en la que las contradicciones llegan al paroxismo.

En nuestro caso concreto, operamos con los siguientes elementos de juicio:

— Implantación de una factoría básica para el desarrollo industrial de todo el país. (Iniciativa pública); «hecho inductor» de urbanización que provoca un crecimiento demográfico inusitado. Ya hemos hablado de su desafortunada inclinación hacia los modos de la Empresa privada. Podría ser la clave del asunto, por lo que es un tema a profundizar cara al futuro. No ha sido éste el caso, pero creemos que las grandes implantaciones industria-



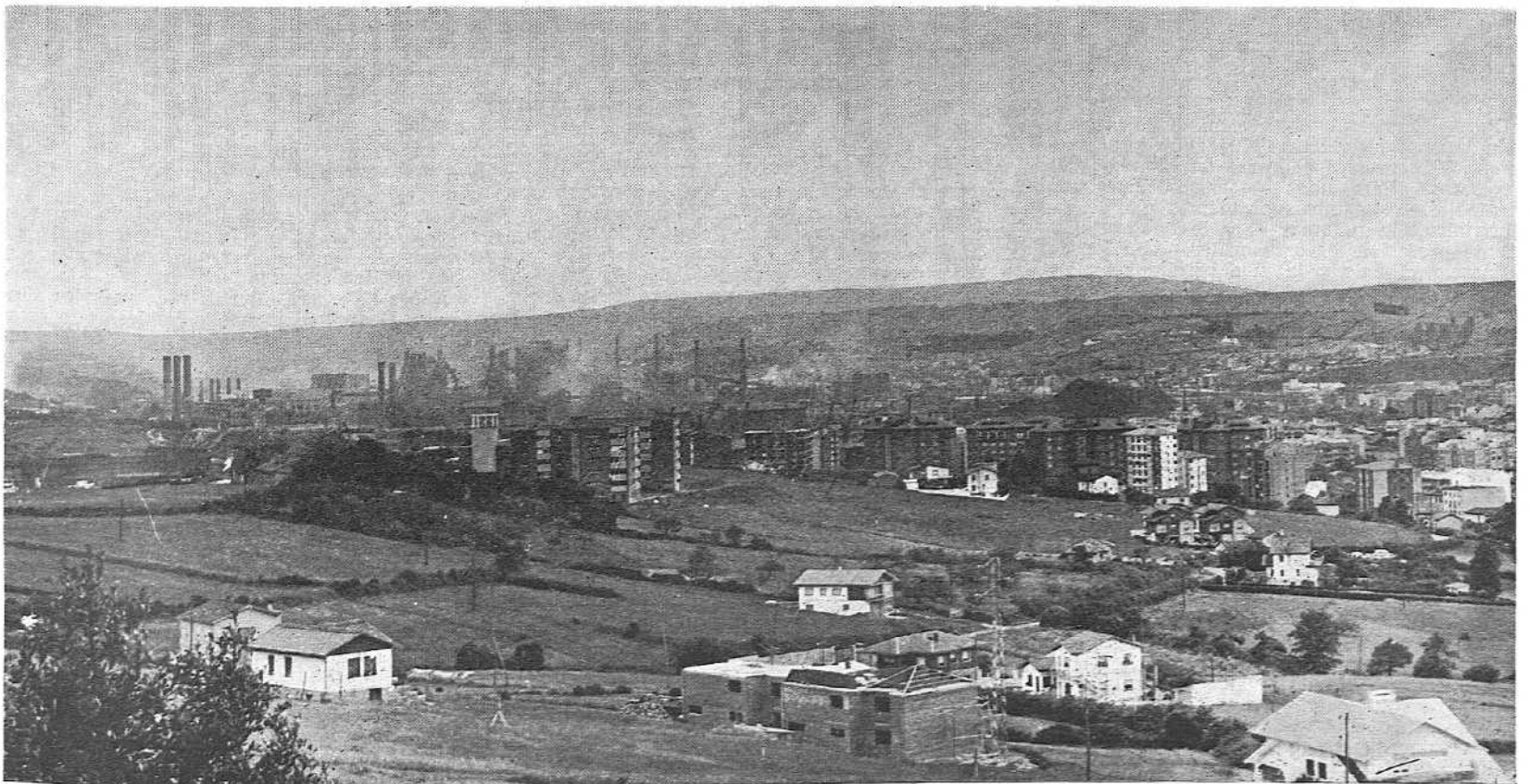
**Albergue para los invasores ¿Urgencia? ¿Emergencia? Una imagen urbana angustiosa.**

les deberían planearse como operaciones coordinadas de preparación de suelo, servicios urbanos, construcción de viviendas, conexión con núcleos urbanos preexistentes, etc.; establecimiento, en pocas palabras, de una red urbana que tenga en cuenta las especiales características de la población que ha de ocuparla y constituida a partir de unos principios «nacionalizadores» cuyos límites y servidumbres viniesen determinados más bien por la acción de una auténtica «iniciativa privada» que por el inmovilismo y las dilaciones propias —según se ha podido comprobar cumplidamente— de la actualmente irrevisable «propiedad privada».

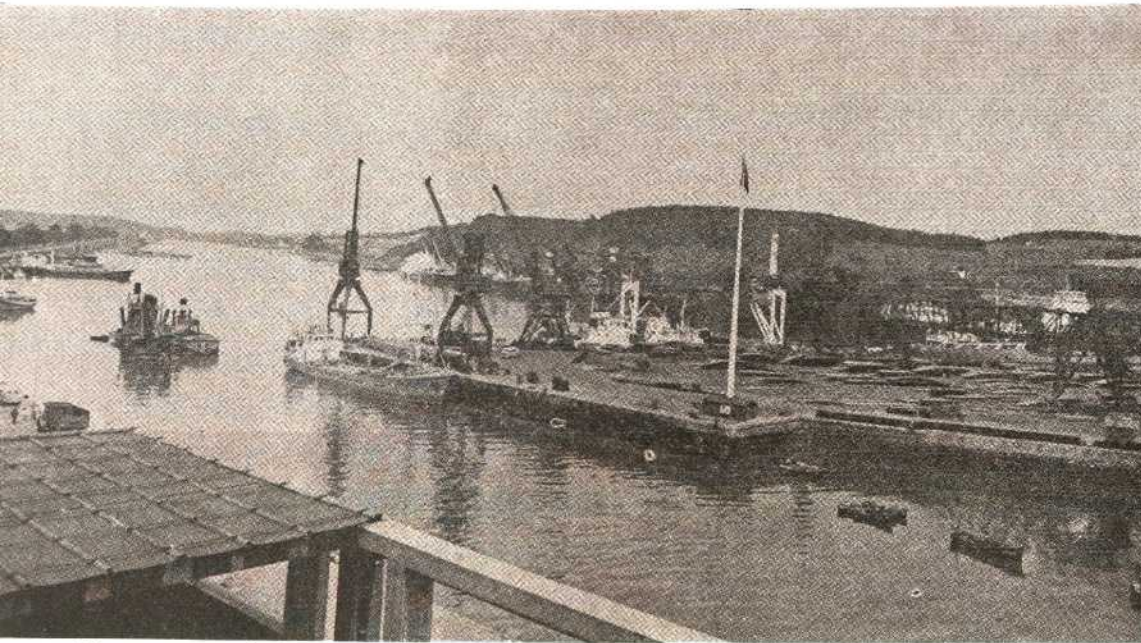
— El conflicto entre «propiedad» inmóvil e «iniciativa» dinámica se refleja en las dificultades que el Ayuntamiento y las autoridades urbanísticas han encontrado —y encuentran— a la hora de cumplir con su misión ordenadora y planificadora. Se trata de una lucha verdaderamente paradójica entre la iniciativa pública y una de las limitaciones que ésta se ha impuesto —por ley— a sí mis-

ma. Limitación que, aunque lógica, no debería en ningún caso trascender al ámbito de los supremos intereses de la comunidad. Cuando decíamos que el Avilés «de antes» le había dado la espalda a la industrialización, estábamos, sin duda, pensando en ciertas conversaciones mantenidas durante nuestra encuesta. Conversaciones de un contenido sociológico sobrecogedor. A los cinco minutos de plantear la cuestión de los problemas urbanísticos de la ciudad, nos encontramos —y no una sola vez— con alguien que discutía acaloradamente «el derecho del Ayuntamiento a que por su finca pasase...» En un sentido más amplio sabemos que la Corporación municipal está pagando el suelo para la construcción de escuelas «al precio del mercado»; y que se ha estado construyendo «sobre la hierba», sin servicios, ni accesos, ni orden, ni concierto; que el crecimiento y la planificación urbanos están tropezando —y no sólo en Avilés—, una y otra vez, con el pedrusco de ese fantasma al parecer encadenado al desarrollo: la especulación. Sabemos también que en

la Ley del Suelo se habla de «valor urbanístico» del «Registro Municipal de solares» del «Patrimonio municipal», etc. Sabemos, por último, que es un problema que se ha de plantear y resolver en muy altas, complejas y variadas instancias. De momento, como notarios de la realidad social, nos limitamos a decir que el problema está ahí: en la actitud y las solidaridades de ciertos grupos que están afrontándolo a partir de concepciones comunitarias pre-industriales, cuando no medievales. En su lemantable y superficial crítica ante las actuaciones de su propia Corporación Municipal, crítica fundamentada casi siempre en unos derechos adquiridos anacrónicos y literalmente inviables en una sociedad que pretende un desarrollo armónico y coherente, basado en el impulso y las «iniciativas» de los ciudadanos que la componen. En los expedientes que se amontonan en la mesa del Alcalde y de su asesor jurídico, obligados —ante la importancia de las lagunas legales— a frenar la iniciativa privada con los consiguientes equívocos posibles, puesto



**La ubicación industrial, sin previa coordinación en profundidad, poco tiene que ver con un proceso de industrialización ni mucho menos de urbanización**



El panorama de la ría

que ésta no siempre coincide estrictamente con la «iniciativa especulativa», y a establecer una congelación sobre las licencias de construcción que a primera vista parece contradecir la voluntad municipal de impulsar el desarrollo urbano, cuando lo que se pretende es impedir que se siga construyendo a partir de unos criterios más crematísticos que urbanísticos. En la acción implacable, por último, del tiempo, «factor de producción» para el especulador, pero también determinante fundamental de las opciones en que consiste todo proceso de desarrollo. ¿Cómo conseguir que el tiempo deje de jugar a favor de la especulación para pasar a marcar las etapas de un progresivo desarrollo social concomitante con el crecimiento programado de una ciudad capaz de responder a las necesidades y exigencias de una población nueva, integrada e «industrial»? Todavía no es demasiado tarde y el nuevo Plan General tiene, sin duda, mucho que decir al respecto.

### ¿Barrios o «poblados»?

Pero vayamos al tercer término de la cuestión, al motor de tantas instancias y proyecciones. Observemos el punto de vista de «los invasores». Para unos —técnicos superiores y medios— los únicos problemas que la industrialización plantea —aparte de los puramente profesionales o laborales— son los de enmarcar el ocio y la vida cotidiana en un ambiente urbano agradable, divertido y hasta «in» que corresponda a su nivel cultural, correspondiente al del «ciudadano cosmopolita» de los sociólogos americanos. En este aspecto podrán intentarse sugestivos —aunque no urgentes— estudios sobre localización (implicaciones del hábitat monoclasa y mono profesional observable a simple vista en los bloques de la calle González Abarca), relaciones con el núcleo antiguo y con sus habitantes, efectos comerciales de su aparición y localización (tiendas especializadas y sobre todo «clubs» elegantes como alguna imitación de los «pubs» ingleses ¡con su gran fotografía panorámica de Ensidesa! que hemos tenido ocasión de visitar), influencias (a partir, sobre todo, de las relaciones escolares), sobre las modas y costumbres, aparición de instituciones de enseñanza de carácter privado, fines de semana, influjo de Oviedo en tanto que ciudad prestigiosa y «ambientada», presión (no demasiado evidente) sobre la calidad de las diversiones y espectáculos, etc., etc.

Mucho más urgente y polémica resultaría la consideración detallada de la localización y condiciones urbanas de los llamados «pobla-

dos obreros». Las razones que hemos venido esbozando —insuficiente planificación inicial, estructura arcaica de la propiedad, actitudes sociales poco permeables, miedo al cambio, defectos institucionales— han producido un hábitat obrero disperso, segregado, inconexo, falto de dotaciones, muy pobre en cuanto a construcción, arquitectura y estructura urbana y —sobre todo— prácticamente nulo en su proyección hacia el futuro. En estudios anteriores, hemos ya abordado el planteamiento de los problemas que la construcción de estos poblados provocan (especialmente un estudio socio-urbanístico sobre el «Gran San Blas», revista «Arquitectura», Madrid, junio, 1968, y en otro sobre Fuencarral IEAL, Madrid, 1969). Tal problemática aparece aquí expresada en toda su gama: todos pueden ser considerados «barrios-dormitorio», con especial mención en este aspecto a «La Carriona» y «La luz»; las dotaciones escolares van apareciendo a remolque de las circunstancias, conforme éstas van llegando a su grado más angustioso, a pesar de la eficaz labor del actual Ayuntamiento (las causas habría que ir a buscarlas también a la defectuosa planificación inicial); los bloques paralelos de «La Luz» producen una imagen «urbana» angustiosa y monótona; la calle, el monumento, el centro cívico, la plazoleta para el descanso, el jardín estratégicamente situado, en fin, los atributos esenciales de la vida urbana, brillan por su ausencia.

Teóricamente la causa de todo este cúmulo de catástrofes parece estar en la «urgencia» (aunque en algunos casos podría casi hablarse de «emergencia»). Puede ser. En todo caso, reconocemos la posibilidad de una planificación si se quiere «urgente», pero global, acuciante pero racional. Ante la evidencia de los efectos, debe insistirse y profundizarse en el examen y localización de las causas. Si la «propiedad privada» —según nuestra terminología— encarece el suelo y hace imposible la planificación «pública», debemos proceder a un análisis de las contradicciones que tal hecho implica si queremos salir del «impasse» con ciertas posibilidades de hacer que el tiempo juegue —en el seno de la realidad social— a favor de los grupos sociales más numerosos y necesitados de arraigo. Pensemos que el albergue, con toda su importancia, debe responder a unas condiciones previas de localización, transformación del medio y sensación (por lo menos) de un cierto dominio del espacio, de ese sentimiento de apropiabilidad que sólo se manifiesta ante lo «humanizado», es decir, ante lo que el grupo social ha sabido poner a disposición de sus componentes. Algo así como lo que —con los

inevitables retrasos y dilaciones— puede suponer la realización del polígono «Magdalena» sobre suelo preparado y urbanizado por la Gerencia de Urbanización del Ministerio de la Vivienda...

### Breve deriva hacia el futuro

Nuestro último día en Avilés fue un domingo soleado y nuboso de Mayo, y daba gusto cruzar la ciudad en todos los sentidos. Derivamos primero hacia el mar. Desde el triángulo de verdor que rodea la estatua del Adelantado, hay que salvar las vías del ferrocarril, que quizás constituyen un obstáculo que impide la continuidad del espacio ajardinado hacia la bien arbolada (de árboles y de grúas) vía que bordea el puerto y su utilización plena como espacio público de relación y paseo. El panorama de la ría es impresionante y muy variado e instructivo, aunque quizás me dejé arrastrar en este juicio por mi calidad de hombre de tierra adentro —de «secano»— que no puede prescindir de una instintiva fascinación ante la vista de los grandes barcos y sus evoluciones. Al final de la ría está San Juan de Nieva y siguiendo la línea del famoso canal de entrada —que tantas polémicas ha levantado— llegamos a la playa de Salinas. Poco antes de lo cual, ha sucedido algo importante, aunque impalpable. Hemos atravesado la línea divisoria del Municipio de Avilés. Efectivamente, la ciudad del Adelantado —y de Ensidesa— es ciudad de río pero no de mar. Estamos, pues, en el Municipio de Castrillón.

La playa de Salinas y terrenos adyacentes, poblados de pinos y eucaliptos, constituyen una zona ideal para la instalación de una zona cara al mar, deportiva, residencial, turística y de ocio que el superpoblado y exiguo (¡26 Km<sup>2</sup>!) municipio de Avilés necesita ya ahora con una urgencia que sin duda ha de multiplicarse en el futuro. El crecimiento increíble de la población (de 15.000 a cerca de 100.000 habitantes en quince años) y sus características (matrimonios jóvenes cuyos numerosos hijos están creciendo, con las consiguientes necesidades de expansión y aire puro) nos han hecho pensar que no sería imposible buscar un complemento a las reservas urbanas actuales de la ciudad (Miranda y San Cristóbal al NO del núcleo antiguo) en las casi paradisiacas zonas de Salinas, que —por cierto— empiezan a verse ocupadas por un extraño híbrido de «chalets» de lujo acogidos a los beneficios de la Ley de 15 de julio de 1954...

Con esta idea, quizá descabellada, emprendimos nuestra vuelta hacia Avilés. ¿No sería posible llegar a una concepción nueva y global de las áreas industrializadas —tan necesitadas de zonas abiertas y de paisajes «bucólicos»— aunque para ello hubiese que reestructurar las fronteras y la organización administrativa (de vigencia, por lo menos dudosa) de cierto número de municipios históricos? Es seguro que las posibilidades de ordenación y planificación aumentarían, cara al futuro, en forma considerable. Las razones de orden «histórico» pueden ser poderosas y hasta concluyentes. Sin embargo, parece claro que la planificación de un futuro «urbanizado» tiene que basarse en la previsión —hoy técnicamente posible— de una serie de hechos y cambios sociales que son, en definitiva, los que van estructurando las ideas y proyecciones de los hombres encargados del planeamiento, embarcados así en la apasionante aventura de la «Historia del mañana».

Bajo el influjo casi febril de estas ideas, pasamos otra vez ante don Pedro Menéndez —avilesino, aventurero, zelucubrador de proyecciones futuras?— con su foca y sus cuatro cañones, único monumento, por cierto, de la ciudad. Pero es que, como dice el Alcalde, «los monumentos son el postre y nosotros estamos en el pan». Y es verdad...